

# NO TE LAVES LAS MANOS, FLANAGAN

## Capítulo 1: Un trabajo sucio

Don't you cry tonight  
I still love you baby  
Don't you cry tonight  
Don't you cry tonight  
There's a heaven above you baby  
And don't you cry tonight.

Axl Rose, el vocalista de los *Guns n'Roses*, me aconsejaba, al oído, que no llorase aquella noche, y a mi alrededor yo no veía más que basura y desolación. Este comienzo, que transmite una lamentable sensación de melancolía, refleja una verdad como un rascacielos, tanto en sentido literal como en sentido figurado.

En sentido literal, escuchaba a los *Guns n'Roses* a través de los auriculares, y no veía más que basura y desolación a mi alrededor porque estaba vigilando un par de contenedores de basuras y hacía veinticuatro horas que en la ciudad se había iniciado una huelga de basureros. La porquería desbordaba los contenedores y los rodeaba con montículos pestilentes que resultaban tremendamente atractivos para las moscas, las ratas y los gatos, y que ahuyentaban a todos los seres humanos que no tuvieran la obligación de liberarse de sus desperdicios o que no tuvieran la desgracia de ejercer la profesión de detective privado, como era mi caso. Me había comprado un inhalador nasal con esencia de menta y lo esnifaba de vez en cuando para tranquilizar a mi pituitaria ofendida. Llevaba una hora y pico esperando a que la señora Juana Romero bajara su basura.

Tomando la frase inicial en sentido figurado, digamos que vuestro seguro servidor Juan Anguera, alias Flanagan, no se encontraba en la mejor época de su vida. Mi negocio de sabueso iba mejor que nunca, y aquel miércoles, siete de junio, era mi primer día de vacaciones, porque lo había aprobado todo por parciales, pero, a pesar de todo, caminaba arrastrando los pies, suspiraba con alarmante frecuencia, tenía una acentuada tendencia a las lamentaciones, miraba con hostilidad a todo el mundo, como si continuamente buscara enemigos con los que partirme la cara, y lucía una imborrable mueca de asco, como si realmente no viera a mi alrededor más que basura y desolación. Me aislaba del mundo mediante el *walkman* cargado con una recopilación musical que,

en un alarde de humor negro, titulaba *Música para Masocas*. Allí estaban *Without You* y la versión de *Caballo Viejo* de Roberto Torres, cada una de ellas relacionada con una chica de mi pasado (¡Mi pasado! ¡Jope, a mi edad y ya tenía un pasado!), y un largo epilogo formado por *Don't Cry*, de los *Guns n'Roses*, *The River*, de Bruce Springsteen, *Fade to Black*, de los *Dire Straits* y otras destacadas melodías quejicosas que tantas veces había bailado abrazado al cuerpecillo menudo y nervioso de Carmen, embriagándome con el olor de sus cabellos.

Hasta hacía poco, había estado saliendo con una morenita preciosa llamada Carmen Ruano. Y, de pronto, nuestra relación se había hecho añicos. A todo el mundo, en algún momento de su vida, se le ha roto el corazón. Yo me sentía como si el mío se me hubiera roto en el metro, en una hora punta, y a continuación hubiera sido pisoteado por una muchedumbre de pasajeros, y como si algún desaprensivo hubiera utilizado los restos para sonarse los mocos, y al fin un chucho miserable se hubiera meado encima. Algo así.

No tengo la menor intención de contar lo que sucedió entre Carmen y yo. Uno tiene sus pudores, aunque no lo parezca. Quien haya pasado por una experiencia similar, ya se lo puede imaginar. Y quien no sepa lo que es eso, no lo entendería nunca. Se admiten apuestas. Redacción: ¿Qué pasó entre Flanagan y Carmen Ruano?

María Gual, que teóricamente es mi socia en el negocio de la investigación, me había dicho aquella misma mañana:

—Flanagan: últimamente estás de un ortopédico total.

—¿De un qué? —le pregunté, belicoso.

—No te hagas el tonto. Esa pose de alma en pena, jijí, esos aires de perrito apaleado y abandonado, jijí, esos suspiros como vendavales, jijí, ese mirar fijamente a las paredes...

—¡Anda y que te zurzan!

—¡Lo que tú necesitas es otra novia! —dijo María Gual, gritando bien alto para que lo oyera toda la clase—. ¡Y la táctica de dar lástima para ver si alguna se apiada de ti ya no se lleva!

Me sonrojé, claro está, y deseé que María Gual fuera un tío para darle una buena tanda de puñetazos. Pero María Gual no solo no es un tío, sino que se ha convertido en una de las chicas más guapas del instituto y, desde que empezó la primavera, se viste de una forma que no deja lugar a dudas respecto a sus atractivos físicos. Todos los chicos

van de cabeza por ella y, no sé por qué, ese detalle contribuía a ponerme todavía más nervioso.

—¡Déjame en paz o te tragas el libro de mates! —No se me ocurría nada más pesado ni más indigesto.

Entonces ella se puso una mano en la nuca, debajo de su cabellera rizada, y echó la cabeza y el cuerpo atrás, en plan bailarina desmelenada, y me puso un pie en las rodillas para que pudiese admirarle la pierna en toda su extensión, al tiempo que gritaba, como Groucho Marx en aquella película:

—¿No ves que estoy tratando de decirte que te amo? —Y soltó una carcajada que me puso los pelos de punta.

Acosado por un destino cruel, mi único refugio era en aquel tiempo mi profesión de investigador de andar por casa. Hacía tiempo que me dedicaba a descubrir pequeños misterios que aparecían en la vida cotidiana de mis compañeros de instituto. Cómo se las apaña Fulanito para aprobar los exámenes si no estudia nunca; quién telefonea cada noche a Sabrina para no decirle nada, y con qué intenciones lo hace; cómo se comporta la canguro con el hermanito pequeño de Perenganita cuando se quedan solos en el parque... Casos inofensivos para conseguir un poco de dinero de bolsillo. De un tiempo a esta parte, había conseguido una especie de ocupación fija, muy bien remunerada, y para cumplir con ella, después de cenar, había tenido que escabullirme del control de mis padres para ir a los Bloques y esperar a que la señora Juana Romero bajara la basura.

Mientras escuchaba la música y, a la vez, pugnaba por huir de la congoja que se empeñaba en hacer nudos marineros en mi gaznate, me entretenía observando a la gente que iba bajando la basura. Parecían los devotos de alguna misteriosa religión que depositaran en silencio sus ofrendas en el altar-contenedor. Había de todo: desde el aprensivo que cogía la bolsa con dos dedos mientras se cubría nariz y boca con la otra mano, hasta el bruto que jugaba al baloncesto con la bolsa desde la otra acera, pasando por los ahorrativos que aprovechaban bolsas de los supermercados para meter en ellas sus desperdicios. Una vieja vestida con cuatro trapos llevaba sus residuos domésticos en la bolsa de una boutique de moda de las caras. Un señor mayor con aspecto de funcionario de los de ventanilla los llevaba en una bolsa con el anagrama de un *sex-shop*; otra característica destacada de este caballero era que hablaba solo, mascullando insultos y amenazas contra un interlocutor imaginario al que tenía bastante amedrentado. Un avaro desaprensivo miraba a derecha e izquierda, comprobaba que

estaba solo, vaciaba la bolsa en el contenedor y se la metía en el bolsillo, sin duda con ánimo de aprovecharla para el día siguiente.

Vivir para ver.

Las basuras, pensé, dicen mucho de la gente que las produce. ¿Cómo era aquello? ¿*In vino veritas*? Yo estaba creando mi propia teoría filosófica: *In basura veritas*.

Finalmente, la señora Juana Romero bajó con su correspondiente dosis de porquería empaquetada. Era una mujer voluminosa, con cuerpo, modales y vozarrón de minero asturiano, que caminaba como si alucinara multitudes de hombres que la piropeaban sin parar, multitudes de hombres a los que ella no sabía cómo rechazar sin herir susceptibilidades. Para bajar a la calle a deshacerse de su basura, se había puesto un vaporoso vestido de tul medio transparente, amarillo y a topos verdes, azules y rojos, y lucía un primoroso peinado fijado con varios litros de laca, y tanto rímel, tanto colorete y tanto lápiz de labios que parecía la mala de una película de terror. Las oleadas de perfume que emanaban de su cuerpo neutralizaron durante un momento el hedor ambiental, pero de todas formas, en cuanto se fue, inhalé una buena dosis de menta refrescante antes de salir de mi escondite en dirección a la montaña de detritus. Contuve la respiración mientras me abría paso entre las primeras estibaciones de bolsas despanzurradas y mientras alargaba el brazo para apoderarme de la bolsa de doña Juana, y no volví a respirar hasta que la tuve encerrada en mi bolsa de deporte y yo corría ya, de regreso al hogar.

En el bar de mis padres reinaba esa actividad frenética de los primeros días de buen tiempo en que la gente, harta de permanecer encerrada en sus casas, huyendo del frío, sale a la calle a tomar tanto fresco como le sea posible. Mi padre servía tapas y cervezas a un grupo de clientes alborotadores que se habían instalado en las mesas que en esa época del año ponemos en la acera. Al verme llegar, rezongó con la canción de siempre:

—Que son las diez y media. Que no me gusta que andes por ahí a estas horas.

No resultó nada convincente. La verdad es que creo que le da completamente igual lo que yo haga, a esas horas y a cualquier otra.

Yo le dije «sí, papá» sin detenerme siquiera y desaparecí en el interior del bar mientras él corría al encuentro de una pareja que buscaba mesa. Mi madre atendía la barra, envuelta en un estruendo de voces y de golpes de fichas de dominó contra las mesas. Le oí decir:

—¡Juanito! ¿De dónde sales? ¡Vas hecho un pordiosero! ¡Lávate las manos inmediatamente!

Al pasar frente a la cocina, le guiñé un ojo a Pili, mi hermana y secretaria.

—Ya lo tengo.

—¡Fantástico! Acabo de lavar los platos y bajo.

Bajé al sótano, pensando en lo curioso de mi relación con Pilastra. La mayoría de mis compañeros con hermanas tenían con ellas unas trifulcas de órdago; discutían, se chivaban mutuamente a sus padres sus mutuas gamberradas. Pili y yo, en cambio, nos llevábamos de maravilla. A veces envidiaba a mis compañeros: seguro que se lo pasaban bomba discutiendo.

Cuando Pili bajó, yo ya había esparcido toda la basura de la señora Romero en el suelo sobre hojas de periódicos. Incluía restos de pescado, y olía a demonios atiborrados de fabada.

—¡Uf, este sí que es un trabajo sucio! —exclamó Pili.

—Y que lo digas. A ver: toma nota.

Me puse unos guantes de goma y empecé a revolver la basura.

Hace un momento he dicho aquello de *In basura veritas*, y eso es precisamente de lo que se trataba. Del alma de la señora Romero, resumida en sus despojos domésticos.

—Sobres de Hepaflor. «Infusión de hierbas medicinales para el hígado» —leí—. La señora Romero tiene problemas con su hígado.

—O ella o alguien de su familia —corrigió Pili.

—Ella. Vive sola, está divorciada desde hace un año y no tiene hijos.

—Anoto. «Problemas de hígado».

Continué hurgando en la basura:

—Boletos rotos de la ONCE... Y de la lotería primitiva, y de la Bono-Loto, un décimo de la lotería nacional... —emití un silbido de admiración—. ¡Supongo que si no juega a la ruleta rusa es porque no tiene revólver! —Y tras examinar los boletos—: Mira qué curioso: los números de la ONCE y de la lotería acaban todos en siete, y el siete, diecisiete, veintisiete... están presentes en todas las combinaciones de la primitiva...

—Su número de la suerte —dedujo Pili, muy eficiente. Y tomó nota.

—Eso es. —Seguí revolviendo la basura con ganas de terminar. Si respiraba por la nariz, el hedor me mareaba. Si respiraba por la boca, me venían náuseas. No me acostumbraría nunca a un trabajo como aquel—. A ver... Restos de comida. Muchos

envoltorios de tabletas de chocolate. Sardina, bacalao, merluza, pieles de patata, fruta. Curioso. No hay carne.

—Tal vez no le llega para comprarla.

—Si le llega para el bacalao tendría que llegarle para la carne... Diría que no le gusta, o que la considera perjudicial.

—¿Crees que es vegetariana?

—O macrobiótica, o hipocondríaca, o peripatética, algo así. Anótalo. Creo que ya no hay nada más. —Me incliné sobre la basura y seguí revolviéndola, por si me había dejado algo de interés—. ¿Qué es esto?

Un envoltorio de papel de estraza, muy arrugado.

Absortos en la investigación, no habíamos oído cómo se abría la puerta del sótano, ni los pasos de mi padre, que bajaba a buscar no sé qué, o simplemente bajaba a espiarnos, preocupado por nuestras actividades clandestinas. Se aproximó para ver qué era aquello que nos interesaba tanto. Se asomó por encima de nuestros hombros en el mismo instante en que yo metía el dedo en la sustancia asquerosa que contenía el paquete.

—¿Qué es? —preguntaba Pili.

—Caca de gato —respondió mi padre por mí, sin disimular su repugnancia—. Creo que estás metiendo el dedo en una caca de gato. —Se estaba encrespando.

—Me temo que tienes toda la razón, papá —dije yo por decir algo—. Es caca de gato.

—¿Y se puede saber...?! —empezó él, liberando una serie interminable de repeluznos de asco.

—Es que... ¡Es que he perdido unos apuntes y creí que los había tirado a la basura! —respondí, con sonrisa de Jack el Destripador pillado en plena faena.

—¿Quieres decir que tus apuntes se parecen a cagarrutas de gato?

Hay ocasiones en que mi padre me pregunta si pretendo volverle loco. Otras veces, se diría que ha resuelto volverse loco sin preguntarme nada.

—Bueno, todavía no los había pasado a limpio —improvisé, pensando que eso le haría gracia.

—¡Juanito...! ¡Nuestro cubo de basura está arriba, en la cocina! ¡Esta basura no es nuestra!

—¿De veras?

—¿Crees que no tenemos bastante basura en casa, y en la calle, con esa huelga de basureros, y tienes que traerte basura de fuera?

Intervino mi hermana, con la voz más blanca de su repertorio y con un gesto tan inocente que resultaba francamente sospechoso:

—La verdad es que está haciendo un trabajo de Ciencias Naturales que se titulará «Basura orgánica, basura inorgánica». Ya sabes que Juan lo ha aprobado todo, papá —añadió, con una astucia y un tino dignos de su hermano, o sea, yo—. Por los pelos, pero no tiene que ir a los exámenes finales. Y ahora está esforzándose para ver si mejora nota. ¿No te parece que tiene mucho mérito?

Era un toque magistral que no podía fallar. Mi padre siempre terminaba pensando que a un hijo que lo aprueba todo por parciales se le tienen que consentir algunos caprichillos, por raros que parezcan.

—Está bien —cedió el líder de nuestra familia, entre dientes. Renunció al interrogatorio, pero no a confirmar su autoridad—: ¡Pero llévate esta porquería de aquí! ¡Si tu profesor quiere que hagas experimentos con caca de gato, que te ceda el salón de su casa como laboratorio! ¡Y mañana quiero verte en el bar, ayudando, que estos días hay mucho trabajo! ¡Y lávate las manos! ¡No quiero que vayas esparciendo caca de gato por toda la casa!

Muy diligentes, salimos del sótano Pili y yo, y dejamos al pobre hombre como uno de esos personajes de cómic con una nube muy negra sobre la cabeza. Desde que empecé a ganarme algunos duros trabajando como detective y, en especial, desde que me metí en un par de líos gordos relacionados con el tráfico de drogas o la compra y venta de bebés, mi padre siempre parece tener esa nube sobre la cabeza cuando habla conmigo. Se diría que su fe en mí es ilimitada, pero en el sentido negativo: me juzga capaz de provocar los mayores desastres imaginables y de darle los mayores disgustos de su vida.

A la mañana siguiente me levanté temprano y ayudé un poco en el bar mientras Pili mecanografiaba el informe de mis averiguaciones de la noche anterior. Solo rompí unos cuantos vasos y derramé un café con leche sobre el traje nuevo de un cliente. Pensé que mi padre podía estar contento de mí, porque normalmente cometo auténticos estropicios, pero, si estaba orgulloso de su hijo, no lo demostró. Es de esa clase de personas rudas por fuera y sensibleras por dentro, que no saben manifestar sus sentimientos. El caso es que, después de la anécdota del café con leche, me condenó a limpiar y desinfectar el sótano y me dijo que no quería verme nunca más detrás de la

barra de su bar. Eso hizo que no pudiera salir de casa hasta después de comer, a las tres y media, con el tiempo justo para llegar a las Casas Buenas antes de que fuera demasiado tarde.

Las Casas Buenas están frente a los marchitos y diminutos jardines de la Punta, y junto al gran solar donde se habían hacinado unas doscientas chabolas miserables y vergonzosas.

Hay que decir que era la zona más degradada de mi barrio. Si en torno a la plaza del Mercado, lo que llamamos el centro, había niños alborotadores, y viejos apacibles sentados en bancos al sol, y señoras gordas con carritos de la compra, y perros ladradores, y escaparates puestos con gusto, y algunas amas de casa incluso se detenían ante esos escaparates y se planteaban la posibilidad de comprar algo de lo que se exhibía en ellos, en las Casas Buenas no había un solo comercio, se veía ropa tendida en todas las ventanas, alguien había destrozado los faroles y demás mobiliario urbano a pedradas y te podías encontrar gran cantidad de gente de mala catadura parada en las esquinas, sin hacer nunca nada, mirando a un lado y a otro de la calle, como esperando a otras tantas personas que estuvieran a punto de llegar. Camellos. En aquel punto del barrio era donde podían verse, también, los Mercedes y los BMW, y otros coches extranjeros y lujosos, propiedad de los traficantes de droga que vivían en los edificios feos, sucios y deteriorados.

Hacía muy poco que el Ayuntamiento había resuelto erradicar el punto negro que constituía el amasijo de barracas y convertirlo en una prolongación de la Gran Avenida que bordeaba el cementerio, con árboles, farolas de diseño y esculturas abstractas de autores carísimos. Para ello, movilizaron de la noche a la mañana a un millar de policías que, en la llamada Operación Perdigón, de la que hablaron sobradamente todos los periódicos y telediaros, se dedicaron a detener a cuantos camellos y yonquis encontraron a su paso, y desalojaron a los inquilinos clandestinos de dos edificios que habían sido clausurados dos años atrás porque amenazaban ruina. En seguida llegó al lugar un ejército de excavadoras y obreros que procedieron a derribar los edificios desalojados y a reconstruirlos a marchas forzadas. Al mismo tiempo, apareció una flotilla de funcionarios bienintencionados que ofrecía a los chabolistas la alternativa de una modesta indemnización o bien un piso en las cercanas Casas Buenas, con ventajosas facilidades de pago.

La indemnización, por más que no fuera nada del otro mundo, parecía una fortuna para alguien que tenía que trampear con sudores y apuros hasta final de mes.

Muchos lo aceptaron. Los vi firmar el recibo, en el patio de sus chabolas o en plena calle, y cobrar el talón, y cargar sus enseres en furgonetas desvencijadas. Y, a continuación, la excavadora arremetía y se llevaba por delante el habitáculo que habían levantado con sus propias manos. Decía mi padre que esa gente terminaría viviendo en otra choza misérrima. Porque habían vivido toda la vida al aire libre, y meterse en un piso se les antojaba como encerrarse en un nicho. Y también porque un puñado de billetes no cambia la vida de nadie. Y creo que tenía razón.

Otros muchos, empero, aquellos que tenían un trabajo fijo que les permitía pagar las hipotecas, los alquileres o lo que tuvieran que pagar, se metieron en los pisos recién construidos. La operación se había realizado tan precipitadamente que, cuando los ocuparon, todavía no había sido instalada la luz eléctrica ni el suministro de agua. Hubo protestas en el barrio y manifestaciones a las que asistimos todos con pancartas y voceando. Y al fin llegaron la luz y el agua y ahí se quedaron los chabolistas, encerrados en sus pisos de cincuenta metros cuadrados, esperando a ver qué pasaba a continuación.

Lo que ocurrió fue que avanzaron las excavadoras y, en una mañana, el barrio de las Barracas se convirtió en el solar de las Barracas, una especie de inmenso campo de batalla arrasado por las bombas. Solo algunas paredes de adobe quedaban inexplicablemente en pie, así como la fuente pública donde llenaban sus cántaros los barraquistas. Se podía ver algún electrodoméstico abandonado y, en medio del páramo, unos barracones metálicos contra los cuales, por alguna razón, nadie había osado arremeter.

Una vez desaparecidas las ignominiosas barracas, llegó la civilización. En un terreno colindante con el solar, se levantaron las enormes vallas publicitarias donde una empresa inmobiliaria (COYDESA, Construcciones y Derribos, S. A.) anunciaba la próxima construcción e inauguración de un hipermercado o centro comercial de no sé cuántos metros cuadrados. Y, para demostrar que la cosa iba en serio, levantaron alrededor una alta alambrada y la decoraron con letreros que advertían: «peligro: perros sueltos». Desde aquel día, los chavales bautizaron aquel terreno con el nombre de *El Zoo* y se inventaron el juego de ir a la alambrada con la intención de azuzar y exasperar a los feroces perros guardianes.

Los adultos del barrio comentaban que COYDESA habría comprado los terrenos por cuatro chavos, y ahora que, con la llegada de la Gran Avenida, habían subido de valor se preparaba para hacer el negocio del siglo. Los vecinos del barrio, cuando

hablaban del tema, arrugaban la nariz, como si de pronto algo oliera mal por los alrededores.

Crucé el solar de las Barracas a toda prisa, sin poder disimular mis aprensiones. No me gustaba pasear por aquella zona, porque allí vivía Carmen Ruano y podía encontrármela, y si había alguien en el barrio (y en el mundo) a quien no quería encontrarme, esa era ella.